

za, y no sin disgusto regresamos á popa, donde la conversacion y el bullicio cortó el hilo de nuestras reflexiones.

Antes de continuar la relacion de nuestro viaje, queridos lectores, deseamos que paseis con nosotras vuestra vista por las largas páginas, que escritas con mano trémula se encierran en el misterioso objeto, que la casualidad ó el destino colocó en nuestras manos en la salida del cementerio, y al pié de la poética y solitaria tumba de Matilde.

Abramos el manuscrito, y leamos sus primeras líneas, dicen así.

¡Triste es habitar en un mundo tan lleno de injusticia, sin un nombre que presentar para ser por el colocados en el terreno que nos corresponde!

¡Por qué fatal impulso he tomado esta pluma entre mis manos, tratando de bosquejar en mis horas de soledad y de sufrimientos profundos una historia llena de episodios que tan solo para mí pueden tener interés?

¡Quién puede tomar parte en la suerte de un desdichado, que no cuenta en el mundo ni con parientes, ni con amigos?

¡Oh! no sé sin embargo que especie de consuelo siento, al trasladar en este momento las penas

de mi corazon á estas páginas: ¡ellas serán de hoy más mis mas fieles amigas, y sentiré algun alivio al derramar mis lágrimas sobre sus enlutados signos!....

¡Quizás algun dia recorrerá alguien mi triste historial!....

¡Oh! si este manuscrito llegase á tus manos madre mia, él te arrancaria lágrimas amargas, cuando vieses cuánto tu abandono ha hecho sufrir á Genaro!

¡Madre! madre he dicho! ¡Ah! ¿tengo yo acaso una madre? ¿Conzco por ventura la mujer á quien debo el sér? . . . ¡nécio de mí! nó Genaro, tú no tienes padres; ellos te han desconocido! te han abandonado! . . . ¡jamás los tiernos lábios de una madre han impreso un beso en tu frente! . . . solo, sin nombre.... sin familia.... sin fortuna.... ¿Qué puedo esperar sobre la tierra? ¡tan solo llanto y amargura! . . . espinas tan solo y abrojos! . . .

¿Qué puedo encontrar por todas partes, mas que el egoismo y la indiferencia?

¿De quién puedo esperar cariño, si los mismos que debian amárme me abandonan?

Mas ¡perdonad! ¡ah! vosotros que me disteis la vida!.. ¡quizás una mano oculta me haya arrebatado de vuestro lado!... ¡tal vez vosotros como yo

argem

llorais! ¡quizás tambien deplorais la perdida de
vuestro hijo!.....

.....
.....
.....

¿Qué objeto guia mi pluma? ¿por qué quiero
consignar en estas páginas las desgracias de mi
vida?.....¡No lo sé! Dios me ha inspirado este
pensamiento, cúmplanse en mí sus ocultos desig-
nios!

Ignoro el país que me vió nacer y el nombre
de los séres á quienes debo mi existencia; era yo
niño, muy niño cuando un dia, segun recuerdo,
fuí sacado de un lugar oscuro y sombrío, donde
habia pasado los primeros años de mi infancia;
ignoraba hasta entonces que hubiese un mundo
lleno de encantos y atractivos, contaria yo apé-
nas diez años cuando fuí sacado de aquella pri-
sion, de la que ántes jamás habia salido.

No conocia yo mas que á un anciano venera-
ble que me servia de carcelero, llevándome dia-
riamente el alimento, y prodigandome sus cari-
cias, ¡las únicas que he recibido durante mi exis-
tencia!.....

Yo vivia allí ignorado de los hombres, é igno-
rando tambien que ellos existian!... vivia en fin

9

argem

en la ignorancia mas completa y en la oscuridad
mas profunda.

Mi vida habia transcurrido sin goces y sin
placeres; mi carácter, léjos de ser el espacivo de
un niño, habia adquirido cierta severidad, cierto
tinte de melancolía que me hacia en extremo sin-
gular! Jamás la sonrisa jugueteó por mis infan-
tiles lábios, y las lágrimas sí muy á menudo hu-
medecieron mis ojos! entonces ¡ay! no hubo una
mano que las enjugara!.....

Vivia sin aspiraciones, nada deseaba, porque
nada conocia, y aunque tierno niño, me cansó la
vida, y pensaba con placer en que esta tendria
un término.

Una tarde ví penetrar en mi prision al bonda-
doso anciano, su aparicion en aquella hora llamó
mi atencion. Genaro me dijo, sentándome en sus
rodillas, tú ignoras que hay un mundo con gran-
des ciudades y habitado por muchos hombres,
hoy es preciso que lo sepas, porque pronto vas á
salir de aquí, y voy á conducirte á él.

¿Un mundo? pregunté sorprendido, y ¿qué es
eso? yo no os comprendo! el buen anciano sonrió,
y acariciando con su mano mi cabello, hijo mio,
me dijo, hasta hoy de nada te habia hablado,
porque no queria infundirte deseos que no te se-
ria fácil realizar; però hoy debo descorrer ante

argem

BIBLIOTECA CENTRAL
JUAN I

tu vista el misterioso velo, que te tenia sumergido en la mas lamentable ignorancia.

Pues bien, señor, hablad ¡por piedad! le dije yo, porque mis deseos por saber lo que ignoro son inmensamente grandes!

Recuerdo que entonces aquel buen anciano, tomando la palabra, dió principio á una larguísimo conversacion, que traia su origen desde la creacion del mundo.

Yo no puedo encontrar conceptos bastantes expresivos, para demostrar toda mi admiracion, al escuchar cosas tan enteramente nuevas para mí.

Pendiente de las palabras del anciano no queria perder ni una sola, y no comprendiendo el sentido de algunas, le rogaba tuviese á bien hacerme de ellas una explicacion mas clara.

Aquel hombre no carecia de paciencia, ó tal vez le alhagaria mucho ver mi grande admiracion de cuanto nuevo me referia; pero es el caso que él me contaba con mucho placer cuantas maravillas existian en la tierra, y yo no me cansaba nunca de escucharle.

No concluyó aquella tarde de referírmelo todo, y mas bien pudiera decir que comenzó, á pesar de haber permanecido á mi lado sobre tres horas, me tuvo que abandonar, quedando de venir á verme muy temprano. Sin embargo, ántes de

que partiese, mi curiosidad de niño me hizo hacerle una pregunta y fué la siguiente.

Justo, le dije: mi ansia por conocer todas las maravillas de que me hablas crece por momentos, y desearia tuvieses á bien indicarme; cuánto tiempo aun tengo que permanecer aquí?

Sonrió con cierto aire de bondad el anciano, y sin tener en suspenso mucho tiempo mi curiosidad, me contestó al fin.

Dentro de ocho dias saldrás de aquí, pasarás en seguida un mes en una casa donde me tendrás á tu lado, despues entrarás á un colegio donde permanecerás hasta que tu inteligencia haya adquirido las luces que todo hombre debe poseer; en fin hasta que hayas concluido tu educacion.

No pude disimular mi contento, me arrojé en los brazos del anciano, comencé á dar muestras de regocijo, y no cabia en mí de satisfaccion.

Aquella noche no puede dormir..... el pensamiento de un mundo que no conocia tenia despiertos mis sentidos todos, y mi ser en un anhelo creciente!.....

Al dia siguiente muy temprano, me levanté, de modo que tuve que esperar mucho para que apareciese el anciano; ¡con qué impaciencia veia pasar las horas! sentia dentro de mí cierta agitacion y movimientos bien extraños é inusitados.

Dieron las siete en mi reloj cuando oí el ruido que hacía la puerta al abrirse, mi corazón latió por la primera vez con una fuerza extraordinaria, presentía que aquel debía ser Justo que me venía á dar sus nuevas instrucciones, y á enseñarme algo que me debía llevar de sorpresa en sorpresa y de asombro en asombro!.....

No me engañaba, era D. Justo el que entraba. ¿Qué tal noche has pasado Genaro? me preguntó.

Oh Justo! le contesté, corriendo á su lado y estrechando con todas mis fuerzas sus manos, ¡nunca la había pasado semejante! diré mas bien, para mí no ha habido noche, pues no he tenido descanso, y no he dormido un solo instante.

¿Es posible? y ¿por qué eso?

Como de costumbre me acosté á dormir; pero imposible de cerrar los ojos! el caos!....¡Dios!.... el hombre!....el paraíso!.....los animales!..... las flores!.....las frutas!....el sol!....la lunar... las estrellas!..... en fin mil imágenes deliciosas se presentaron á mi fantasía, y me quitaron por completo el sueño! Sí, Justo, no he podido dormir; pero en cambio he gozado doblemente al estar despierto, hoy me levanté mas de mañana para esperarte, y hace ya mas de tres horas que estoy en pié, anhelando el instante en que tú debias presentarte: este ha llegado al fin y ¡soy

dichoso! pero ven, Justo, toma asiento y sirvete seguir de nuevo tu bellísima relacion.

Genaro, es tal tu contento, me dijo entonces el anciano, que olvidas que no has tomado ningun alimento desde anoche, cosa que por cierto es muy perniciosa, mas aun cuando se ha pasado la noche en vela como te ha sucedido; nó, ántes de seguir dándote mis instrucciones, es preciso que comas, hé aquí tu desayuno!

Recuerdo tambien que entónces por la vez primera experimenté uua cosa que jamas me habia sucedido: durante mi permanencia en aquella oscura prision, no tenia más que dos placeres: el mayor, recibir mi alimento, que siempre tomaba con un gusto extraordinario, y el segundo, esperar la hora en que repentinamente se iluminaba mi calabozo por la claridad del astro del dia que generalmente era á las tres de la tarde.

Naturalmente, mucho me llamó la atencion, despues de la reconvenccion de D. Justo, el no haber sentido ninguna necesidad de alimento, cuando como he dicho, él constituia uno de mis mayores goces.

Tomé el canastillo que el buen anciano me presentaba, y devoré cuanto contenia; en seguida corrí á sentarme á su lado. D. Justo me reconviño manifestándome lo dañoso que era comer muy

aprisa; mas luego contestando una pregunta que le hice, continuó contándome mil bellezas que no quiero consignar aquí, porque se convertiría esto en una especie de estudio que cansaría á mis lectores.

No hablaré por tanto de las entrevistas que tuve con D. Justo, y las buenas instrucciones que me daba, ni de la grande ansiedad que tenia porque llegara el momento en que concluyesen los ocho dias de término, que fueron pasando para mí con una lentitud horrible.

Faltaba solo dia y medio.....serian como las seis de la tarde, cuando D. Justo entró con mi cena, y acercándose á mí me dijo ¿sabes Genaro que traigo una visita para tí?—Qué es eso? pregunté con sorpresa?—D. Justo sonrió.

Es, dijo, una persona que te quiere mucho y viene á verte.

¿Una persona que me quiere y viene á verme y no eres tú?

—Una visita. Que pase, le contesté lleno de ansiedad.

Poco despues ví penetrar un bulto.....sentí cierto temor....se hallaba embozado en un manto negro, y no se le veia el rostro, porque igualmente se lo cubria un velo negro.....

Caminaba apresuradamente hácia mí.....yo

retrocedia, y por un movimiento de atraccion me acercaba á D. Justo.

Cuando estuve cerca de él le dije muy quedo: ¡Que se vaya!.....¡Por Dios! le tengo miedo!....

El anciano me vió con extrañeza, y luego díjome tambien en voz baja.

Nada temas Genaro, que yo estoy á tu lado; esta es una buena señora que mucho te ama y ningun daño te hará; al contrario trátala con cariño, porqu tu desvio la haria sufrir!

¿Una señora que me ama? pregunté á D. Justo, y dominando mi temor quise acercarme á ella, pero no pudiendo contenerme, me arrojé en los brazos del anciano exclamando: ¡Oh! tengo miedo! que se vaya..... no quiero verla!.....

La desconocida, á quien se advertia haciañ daño mis palabras, suspiró fuertemente, y acercándose á mí, me dijo con un acento tan dulce que jamás podré olvidarlo.

¿Por qué huyes de mí Genaro? ¿acaso mi presencia te inspira terror ó aversion?

Ven, déjame que imprima un beso en tu frente: ¡dame, hijo mio, el dulce nombre de madre!... y al hablarme así me tendia sus brazos.

Alentado por sus cariñosas palabras y por el eco dulce de su voz, é impulsado tambien por D. Justo, me acerqué á élla, y me recibió en sus